

el defensor del imperio y de la unidad cristiana, bajo cuyo título tuvo su misión como el catolicismo. Mas esto no impide que la historia reserve su admiración para los que guían a la humanidad hacia el término de sus destinos y la niegue a los que la detienen en su marcha.

§ II.—Felipe II.

N.º 1.—*Felipe II, ideal de un príncipe católico.*

I.

Parciales y adversarios proclaman a Felipe II salvador del catolicismo; y esta gloria, si la hay, no es de las que crean a veces los historiadores, inventando para su héroe una misión de que él no tuviera conciencia, pues el mismo rey de España decía "que era la columna de la Iglesia, y que ésta era su misión divina," (1). El mismo honor le tributaron los jefes del mundo católico, los vicarios del Cristo. Aunque enemigo encarnizado de Felipe, Paulo IV reconocía "que tenía tanto celo por la religión como los demás príncipes por su grandeza; que se inquietaba más de la integridad de la fe católica que los otros de la salud de su reino; que tenía en sí juntamente el alma de un rey y de un sacerdote," (2). Paulo IV dice al embajador de Felipe II que el rey, su señor, era el sosten del catolicismo, que en él descansaba la única esperanza de la santa sede (3), y esta representación de defensor armado de la Iglesia fué lo que hizo de Felipe, en el siglo XVI, el nombre más popular, el más amado entre las poblaciones católicas. Se hablaba de él como de un enviado de Dios, como de un santo, como de otro Constantino, elegido para llevar a todas partes el lábaro del Crucificado y para sostener la paz de la cristiandad quebrantada. "Como era el refugio y sosten de los católicos, se le llamaba, y lo merecía, no sólo rey católico, sino rey de los católicos," (4). Recogen hoy con amor los fanáticos restauradores de lo pasado estos testimonios de veneración, tratando de rehabilitar la memoria del rey que la his-

(1) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. I, p. 123.

(2) RAYNALDI *Annales*, 1557, 35.

(3) GRANVELLE, *Papiers d'État*, t. VI, p. 399.

(4) BOUCHER, *Apologie de J. Chatel (Mémoires de Condé, t. VI, página 118)*.

toría ha llamado por largo tiempo el demonio del Mediodía; y si no hacen de él un ángel, procuran, a lo ménos, representarlo como el ideal de un príncipe católico. ¡Ciegos! No comprenden que idealizando a Felipe II, hacen un pésimo servicio a la causa que quieren defender. Verdad es que Felipe es el ideal de un príncipe católico; pero este ideal, si en cierto respecto absuelve al hombre, es la condenación más solemne de la doctrina. Cuanto más inocente sea el rey, más culpable es la religión que lo ha inspirado.

Guillermo de Orange llamaba a Felipe II "el hijo predilecto de la santa sede apostólica," (1); y nunca ha habido, en verdad, príncipe que haya merecido más del papado: lo sacrificó todo, hasta su ambición, a los intereses del catolicismo; ó, por mejor decir, su ambición, que no era pequeña, se confundía con el triunfo de la Iglesia, cuyo brazo armado era. El catolicismo enseña que la religión es el más grande, el único interés del hombre, que se deben subordinar todas las afecciones, todas las pasiones, aún las más legítimas, a ese fin supremo. Felipe tomó esta enseñanza al pie de la letra; él, el monarca más poderoso del siglo XVI, escribe: "Antes de consentir que se irroge el menor perjuicio a la religión ó al servicio de Dios, prefiero perder todos mis Estados y hasta perdería cien vidas que tuviera, porque no pienso ni quiero ser señor de herejes," (2). Y no eran una vana fanfarronada estas palabras: Felipe II obró como hablaba; luchó toda su vida por restablecer la fe católica en la más rica de sus inmensas posesiones. Los Países-Bajos eran el verdadero Perú del rey de España (3); y por su furor religioso perdió la mitad y arruinó el resto. Más moderado y previsor el emperador de Alemania, le llamó a la prudencia y le aconsejó la dulzura; y era tiempo todavía en que las concesiones hubieran podido salvarlo todo. Felipe respondió que lo que hacía era para conservar y extender la fe católica; que no obraría de otro modo aún cuando arriesgara la soberanía del país y aunque se desplomara el cielo sobre su cabeza. "Ningun respeto humano, dice, ninguna conside-

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives de la Maison d'Orange*, tomo VIII, p. 356.

(2) GACHARD, *Correspondance de Philippe II*, t. I, p. 446.

(3) ALBERI, *Relazioni*, I, 3, p. 357: "Questi sono li tesori del re di Spagna, queste le miniere, queste l'Indie" (MICHELE SORIANO).

ración de Estado, ninguna cosa, en fin, de este mundo podrá hacerme desviar jamás un solo paso del camino que sigo y pienso seguir siempre en esta materia, y con tal firmeza, que no sólo no acogeré consejo ni sugestión en sentido contrario, sino que hasta los recibiré con disgusto," (1).

El duque de Alba escribe a Catalina de Médicis: "Que valía más tener un reino arruinado, conservándolo para Dios y el rey en medio de la guerra, que tenerlo íntegro sin ésta en provecho del demonio y de los herejes, sus sectarios," (2). No se puede expresar más enérgicamente la política de Felipe II; pero el duque de Alba no sospechaba que profetizaba el porvenir de España. Las ideas de la Reforma penetraron también en la Península: era la luz del sol que venía a iluminar las tinieblas de la Edad Media. Como España era la catedral del catolicismo, lanzó el papa un grito de alarma y dió poderes extraordinarios a la Inquisición, autorizándola a perseguir a todos los herejes, aunque fuesen obispos ó arzobispos, reyes ó emperadores. Felipe II se hizo el ejecutor de las altas obras del papado; habría entregado su hijo a la hoguera si lo hubiera encontrado culpable de herejía. Los historiadores católicos aplauden esta sangrienta persecución: "Fué agradable al cielo, dice Pallavicini, y provechosa para España; bastan algunas gotas de sangre sacadas a tiempo para extirpar el veneno de la herejía, mientras que Francia, por haber sido tratada con más dulzura, se vió obligada a derramarla a torrentes," (3). Mas cuando el sabio jesuita escribía su apología del concilio de Trento, recogía ya España los frutos del celo religioso de Felipe, marchando a grandes pasos hacia una decadencia de que, a pesar de heroicos esfuerzos, no ha llegado a levantarse todavía; y es que no hay libertad posible con el catolicismo, y no hay vida sin libertad.

Bajo el punto de vista católico, ni aún la ruina de España puede ser un reproche contra Felipe, porque, si es cierto que el catolicismo sea la religión revelada, hay que decir: perezcan los reinos y los imperios antes que la fe. Pero la decadencia

(1) GACHARD, *Correspondance de Philippe II*, t. II, p. 27, 58.

(2) GACHARD, *Correspondance de Philippe II*, t. I, p. 609.

(3) PALLAVICINI, *Hist. concilii Tridentini*, XIV, II, 2: "Et ea profecto severitas non celo solum, sed regno etiam profuit: quando quidem pro singulis sanguinis guttulis tum emissis ex Hispania, semper postea incolumi, Gallia mollioris chirurgie vitiae principalibus totidem venis fluvios profudit."

fatal que acompaña en todas partes a la dominación exclusiva de la Iglesia católica, ¿no debe inspirar alguna duda sobre la verdad absoluta de que se dice órgano? La duda aumenta cuando se sigue al héroe del catolicismo en su vida privada y pública. Que Felipe II fué un creyente sincero no se ha negado jamás; al ver su celo por la fe, se diría que era un santo. Mas ¿cuál es la fe del rey de España? El árbol se conoce por sus frutos, dice la Sagrada Escritura: la religión debe penetrar en las profundidades del alma y santificar al hombre interior, ó no merece el nombre de religión. Ahora bien, ¿qué es el catolicismo para la inmensa mayoría de los que lo profesan? Nada más que una serie de prácticas exteriores que no tienen ninguna influencia en la moralidad. Tal era la religión de Felipe II. Escribió al duque de Alba para prohibir la exportación de las reliquias: "La intercesión y las oraciones de los santos han sido ciertamente la causa principal de que la fe católica se haya conservado en los Países-Bajos," (1). Un historiador moderno cuenta como un gran mérito de Felipe II el no haber perdonado ni cuidados ni gastos para recoger las reliquias pisoteadas por los reformados y para trasportar a España esos tesoros de la fe (2). Pues bien: examinemos la conducta de este colector de huesos.

Un embajador veneciano escribe en 1584: "Felipe II es muy devoto; se confiesa y comulga muchas veces al año; hace diariamente oración y quiere ser puro de conciencia. Se dice que su mayor pecado es el de la carne, y hay en la corte muchos señores que pasan por ser sus hijos..." (3). El santo hombre pasó toda su vida en el adulterio, y el adulterio fué todavía el menor de sus pecados. El príncipe de Orange, en su inmortal apología, le llama asesino, y la mancha subsiste, a pesar de los esfuerzos hechos por sus defensores para reformar el juicio que ha pronunciado la historia sobre el héroe del catolicismo. Apelan a los testimonios que ha sacado a luz el celo histórico de nuestro tiempo. Sea. Esos mismos testimonios atestiguan que la vida de Felipe II fué un abismo de inmoralidad: a medida que se ahonda, se descubren nuevos crímenes.

(1) GACHARD, *Correspondance de Philippe II*, t. II, p. 211.

(2) FALLOUX, *Histoire de Saint Pie V*, c. 14.

(3) MIGNET, *Antonio Pérez y Felipe II*, c. 2, p. 71.

II.

Detengámonos un instante en la lamentable historia de Antonio Pérez. Felipe II ordenó á su secretario íntimo que hiciese perecer á Escobedo, cuyo único crimen era la confianza que merecía de don Juan, el ilustre vencedor de Lepanto. En su negra envidia suponía el rey mil proyectos criminales en su hermano y en el que era su consejero. Escobedo pereció asesinado, y el rey tranquilizó su conciencia consultando á su confesor. Espanto causa leer los consejos que dió al rey el sacerdote llamado á guiarle por el camino de la salvación: fray Diego opinó "que el soberano tenía poder sobre la vida de sus súbditos, y que podía ordenar su muerte sin observar ninguna forma de justicia, porque estas formas no ligan al que tiene el derecho de disponer las leyes.", Felipe II empeñó á Antonio Pérez su fe de caballero, prometiéndole que jamás tendría nada que temer de las consecuencias del asesinato y que nunca lo abandonaría. Mas hé aquí que el rey adúltero descubrió que tenía un afortunado rival en su secretario; y desde este punto olvidó sus juramentos y empleó toda su astucia para perder, sin comprometerse á sí propio, al cómplice de su crimen: Pérez fué preso y perseguido como culpable del asesinato de Escobedo. Poseía el ministro documentos que le justificaban á costa del rey; y para obligar al acusado á que se desprendiera de ellos, fueron encarcelados su mujer y sus hijos, amenazándoles con una prision perpetua y sólo algunas onzas de pan al día si no eran entregados los papeles. Pérez cedió; pero más astuto todavía que su pérfido amo, supo conservar los documentos más importantes para su justificación. Al fin estalló la venganza real. Pérez, tullido á consecuencia de una detención de *once años*, fué sometido al tormento, y vencido por el dolor, después de haber pasado por ocho ruedas, se confesó culpable de la muerte de Escobedo. ¡Tal era la justicia del rey católico! No tenía Pérez más que una esperanza de salvación, la fuga, y llegó á salvarse en Aragon, donde encontró un tribunal independiente. Hasta allí lo persiguió Felipe. Mas entonces su ministro se convirtió de acusado en acusador, y publicó su terrible *Memorial* con pruebas fehacientes. Sabedor el rey de que iba á pronunciarse la absolución de Pérez, desistió de su acu-

sación; mas no renunció á su venganza y acudió, en efecto, al Santo Oficio, que no había de retroceder ante un asesinato jurídico. Para librarse de la hoguera, se vió Pérez obligado á huir del suelo patrio. Todavía en el extranjero le siguió la venganza del rey: asesinatos atentaron contra su vida en el reino de Navarra, en Inglaterra y en Francia. ¿Quién pagó á los asesinos? El rey católico (1).

Se dirá que el catolicismo no es culpable de esos extravíos; pero explíquese entonces cómo un hombre tan celoso por la fe católica, que llevaba sus sentimientos religiosos hasta el más ciego fanatismo, se manchaba con todos los crímenes sin que le produjeran cargo de conciencia. Es que hay una religión que, en vez de desarrollar el sentido moral, lo altera y lo falsea, religión que pone la virtud en la práctica de ciertos actos exteriores, religión en la cual el acto más meritorio del fiel es ser ciego instrumento de la dominación sacerdotal; y tal religión se concilia efectivamente con una vida de desórdenes y de crímenes. Esa fué la religión de Felipe II. Nos admiramos hoy de la calma de aquel hombre que habría merecido estar en presidio más que en el trono; pero es porque olvidamos que tenía de su parte la autoridad de su confesor y la autoridad superior de un tribunal que se llama santo. Vamos á ver más todavía, y es una tentativa de asesinato en la cual tuvo el rey católico por cómplice á un papa canonizado.

Pío V escribe á Felipe II: "Nuestro querido hijo Ridolfi expondrá, Dios mediante, á Vuestra Majestad, en secreto, *ciertas cosas que no interesan poco al HONOR DE DIOS TODOPODEROSO y á la utilidad de la república cristiana*. Nos requerimos y suplicamos á Vuestra Majestad que le otorgue en este punto y sin vacilación la más entera confianza, y *le conjuramos sobre todo, por su cumplida piedad hacia Dios, á que tome con empeño el asunto que él va á tratar con Vuestra Majestad y le dé todos los medios que juzgue más á propósito para su ejecución*. ROGAMOS DEL FONDO DE NUESTRO CORAZÓN Á NUESTRO REDENTOR QUE HAGA QUE SE LOGRE POR SU MISERICORDIA LO QUE PARA SU GLORIA Y EN SU HONOR HA SIDO PROYECTADO.", ¿Qué propuso *aquel querido hijo en Jesucristo* al rey de España? ¿Cuál era el proyecto que interesaba en tan

(1) MIGNET, *Antonio Pérez*, p. 60, 112, 155, 179-182, 206, 210, 300, 314, 318.

alto grado al *honor de Dios*, y para cuya ejecución invocaba el vicario del Cristo el socorro de la Providencia y el apoyo de Felipe II? ¿Sería sin duda alguna obra santa, una cruzada contra los Turcos ó una liga contra los protestantes? Ciertamente era del protestantismo de lo que se trataba, era la reina que pasaba por su defensora á quien quería atacar el papa; pero ¿con qué armas, gran Dios! Protestan los católicos contra la calumnia cuando se les acusa de justificar los medios más criminales por la santidad del fin. ¡Que oigan, pues, á un papa, á un santo, proponer una conspiración contra Isabel de Inglaterra, y le vean maquinando un proyecto de asesinato en esas tenebrosas intrigas!

Ridolfi fué interrogado en el Escorial sobre la empresa que venía á proponer de parte del papa, y su respuesta fué escrita por el mismo secretario de Estado: ¡SE TRATABA DE MATAR Á LA REINA ISABEL! Ridolfi expuso los detalles del *golpe* que meditaba. Abrióse inmediatamente la deliberación del Consejo de Estado; se examinó si convenía *matar ó prender* á la reina; se discutió cómo debía ejecutarse el *golpe*, y si era preciso acudir en auxilio de los conjurados. El gran inquisidor, cardenal arzobispo de Sevilla, sostuvo que era preciso ayudar á los conjurados, y declarar que el movimiento se hacía de conformidad con la bula del papa; el duque de Feria prefería que se invocara el derecho que tenía la reina de Escocia á la sucesión del reino de Inglaterra; hubo algunos debates sobre las dificultades de la empresa, y el nuncio del papa tranquilizó al rey presentándosela como facilísima (1). ¡Ni una voz se levantó contra el proyecto de asesinato en aquel consejo donde tenían asiento obispos y cardenales! ¡Felipe aplaudió con entusiasmo, no sintió ni sombra de escrúpulo; ¿qué digo? vió la mano de Dios en aquel abominable complot! El rey católico comunicó el proyecto de los conjurados al duque de Alba; entró en los detalles y dijo con todas sus letras que se trataba de *matar á la reina*, añadiendo estas palabras que citamos textualmente: "*El Santo Padre, á quien Ridolfi ha dado cuenta de todo, ha escrito al rey y le ha hecho decir por su nuncio que considera la cosa como de la más alta importancia para el servicio de Dios y el bien de su Iglesia; su santidad le ofrece su asistencia, y está pronto, aun-*

QUE POBRE Y ARRUINADO, Á EMPLEAR EN ELLO LOS CÁLCICES DE LAS IGLESIAS Y HASTA SUS VESTIDURAS.", El papa, continúa el rey, había propuesto que la empresa se llevase á cabo en su nombre y en ejecución de la sentencia pronunciada contra Isabel, oferta que ha sido rechazada para descartar las pretensiones de la sede apostólica sobre Inglaterra é Irlanda. ¡No impidió esta rivalidad política á Felipe protestar de que se hallaba obligado á favorecer el proyecto POR SUS DEBERES HACIA DIOS! La libertad de la reina de Escocia era el fin aparente; el fin real, el restablecimiento de la religión católica. El duque de Alba aprobó la conjuración; mas hizo algunas objeciones acerca de su oportunidad. El rey insistió: "*Es la CAUSA DE DIOS*, decía. ¡DIOS PROTEGERÁ ESTA SANTA EMPRESA!", Felipe estaba tan persuadido de que Dios dirigiría esta SANTA EMPRESA COMO SUYA PROPIA, que declaró que nada podría desviarle de ella (1).

¡Hé ahí, pues, la rebelión, la traición, el asesinato elevados á la altura de una inspiración divina! Tratábase, en efecto, de la causa de Dios, porque la causa de la Iglesia es la causa de Dios. ¿Hasta cuándo se dejarán engañar los pueblos por esos pretendidos vicarios de Dios, por esos santos personajes que dicen poseer la verdad absoluta, que se proclaman infalibles y que son tan ciegos que cometen con tranquilidad de conciencia actos por los que nuestros tribunales los hubieran mandado al cadalso? Y lo que hay de más espantoso en esos extravíos es que los culpables no eran hombres sanguinarios: era el puro fanatismo lo que los hacía criminales. Pío V practicaba todas las virtudes cristianas, era un asceta sobre el trono; la Iglesia lo ha canonizado, y un escritor distinguido, ferviente católico, ha podido representarlo con alguna verdad como el tipo del santo, teniendo buen cuidado, sin embargo, de dejar en la sombra los crímenes á que el celo religioso arrastró á su héroe (2). No haremos á Pío V la injuria de compararlo con Felipe II, y, sin embargo, el rey de España no era lo que han querido hacerle ciertos historiadores, *el demonio del Mediodía*. Escribió á su hermana, la duquesa de Parma, "que estaba inclinado por naturaleza á tratar á sus vasallos y súb-

(1) GACHARD, *Correspondance de Philippe II*, t. II, p. 185-187, 191, 192, 195, 197, 199.

(2) FALLOUX, *Histoire de Saint Pie V*.

(1) MIGNET, *Marie Stuart*, c. VIII.